

EL IMPARCIAL

DIARIO LIBERAL

FUNDADO POR D. EDUARDO GASSET Y ARTIME

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, UNA peseta al mes. Provincias, 6 pesetas trimestre; 10 semestre. Portugal, 7,50 id. id. Naciones comprendidas en la Unión postal. 10 pesetas trimestre. Naciones no comprendidas. . . 15 id. id. Toda la correspondencia y giros deben dirigirse al

ADMINISTRADOR DE «EL IMPARCIAL»

31, Calle de Mesonero Romanos, 31

¿UN NUEVO PARTIDO?

¿Se ha constituido ayer un nuevo partido político? Hay que empezar interrogando, porque los mismos promovedores de esta campaña no hablan aún con la claridad suficiente, y el acto de adhesión realizado por los amigos del Sr. Montero Ríos en el salón de presupuestos del Senado no puede significar en modo alguno, ni ante una crítica excesivamente benévola, que ha aparecido un nuevo partido en la liza política. Lo ocurrido allí no es sino la repetición de lo hecho el domingo pasado por los mantenedores de la candidatura del ex-presidente de la alta Cámara, con la añadidura de un discurso de este señor, discurso que, pensado desde Dios sabe cuánto tiempo, es de los que no comprometen a cosa alguna y puede servir de programa a todos los partidos monárquicos. Desarrollar cuantas libertades públicas anhelan los pueblos, llegando a los límites mismos de la república, es una afirmación vaga que no desdefiendan los mismos conservadores. Así, pues, el acto y el discurso de ayer tarde nos dejan en la duda de si el Sr. Montero Ríos y sus amigos van a seguir haciendo lo que hasta ahora han hecho o si van a rectificar esencialmente su política anterior. Habrá que saberlo. Entretanto, no podemos dar a lo ocurrido en el salón de presupuestos del Senado mayor trascendencia ni otro alcance que el de la ejecución de un número del programa trazado en Lourizán, madurado en Mos y desarrollado con hábil astucia posteriormente. Pero se añade en los círculos políticos que en torno del Sr. Montero Ríos y de sus 210 volantes, se agruparán los amigos del Sr. Canalejas y los del general López Domínguez, y que, todos unidos, constituirán un partido democrático, avanzado, muy hacia la izquierda, con orientaciones decididamente radicales. Tal es lo que se supone y lo que se anuncia que se formulará solemnemente en el Parlamento uno de estos días. Ante esta suposición razonamos, sin esperar nuevas ampliaciones del pensamiento, porque suceso de esta especie no puede menos de suscitar la curiosidad del público a quien servimos. Dos puntos decisivos separan a los liberales de los radicales: la cuestión social; la cuestión religiosa. En este último problema el Sr. Montero Ríos se ha declarado defensor del statu quo. Ha dicho que en la materia de las órdenes religiosas no se puede resolver sin el conocimiento del Vaticano. El Sr. Canalejas ha sostenido que desde luego y sin negociación diplomática con Roma, se puede resolver acerca de esas instituciones eclesiásticas. Todo el mundo recuerda que el Sr. Canalejas salió del ministerio que presidía el Sr. Sagasta porque no se ponía a discusión del Congreso sin trámite, plazo ni demora alguna, el proyecto de ley de asociaciones. Hay acuerdo entre los señores Montero Ríos y Canalejas respecto a este punto? Para que lo haya, es fatalmente necesario que uno de los dos haya cambiado de criterio. Este es uno de los extremos que será interesantísimo dilucidar en los próximos debates parlamentarios que, sin duda, han de suscitarse. En cuanto al problema social, todos recordamos las tímidas frases de reserva con que se ocupó del asunto el Sr. Montero Ríos en el Senado. La vida pública del jefe de los 210 no ofrece ni un acto ni una frase que le muestre dispuesto a entrar por el camino «intervencionista». Actos y discursos le presentan como un individualista aferrado a la doctrina antigua de los viejos economistas. Además, el Sr. López Puigcerver, que llevaba la voz del grupo del Sr. Montero Ríos, hablando en el Congreso ante el Sr. Canalejas, que se hallaba en el banco azul, opuso a las doctrinas de éste las de un intransigente individualismo. Esa sesión, que se halla viva en la memoria de todos, presenta al Sr. Canalejas defendiendo con elocuencia briosa y admirable su doctrina social; la intervención del Estado para igualar las condiciones de lucha entre el capitalista y el obrero, para destruir el latifundio, para oponer a la actual organización de la riqueza reformas que permitan salir a la gran masa social de los propietarios de la abyección moral y fisiológica en que viven. También este punto supone, para que haya acuerdo entre el Sr. Canalejas y los Sres. Montero Ríos y Puigcerver, rectificaciones esenciales, modificación profunda de criterio de una o de otra parte. Será, sin duda alguna, materia a discutir y a concretar. Si es verdad que el Sr. Canalejas y sus amigos van a unirse a los 210 volantes del Sr. Montero Ríos para formar una agrupación política, será mediante modificaciones capitales de lo que aquél o éste pensaban y sostenían. Y en otras materias es fácil el acomodo, pero en éstas no se nos alcanza cómo se llegará a conseguirlo sin alguna retractación, sea de quien fuere. Es evidente que esta supuesta concordia y esta inesperada asociación han de concretarse en un programa, y es grande la curiosidad que nos inspira el ver cómo se pueden defender con las mismas palabras ideas antagónicas, o cómo y quién reforma su doctrina y acomoda sus dogmas para entrar en una nueva religión sin haber abjurado previamente de la que confesaba. En lo que se refiere al Sr. Montero Ríos, educado en la antigua escolástica de seminario, adiestrado en las sutilezas de las amarillentas páginas de los Cánones, no sería difícil suponer que encontraría fórmulas capaces de hermanar la verdad con el absurdo; pero el Sr. Canalejas es hombre de otra condición intelectual y no podemos aceptar, mientras no lo veamos, ni la más remota hipótesis de que deje de ser el mantenedor de una doctrina definida ya por él categóricamente. Anoche mismo lo consignó el *Heraldo*, órgano del ilustrado democrata: «El Sr. Canalejas lo ha dicho con absoluta claridad. Como se trata de servir a una opinión, quien mejor la encarna, quien con más integridad y firmeza la representa, ese tendrá el apoyo de quienes supieron, en llegando la ocasión, preferir el mando y sus dulzuras al cumplimiento

de su deber y el recuerdo de sus compromisos.»

Hoy lo que se pretende es averiguar qué opinión es la de que se habla. Hasta ahora no lo sabemos, y por lo tanto, no es fácil que nadie sepa quién la encarna mejor.

El Sr. Canalejas, correspondiendo al espíritu de los tiempos, ha dicho siempre que las ideas lo son todo y las personas no son nada. Para que sea cierto que el insigne orador se aproxima al ilustre canonista, será necesario suponer que han mediado entre ambas personalidades conferencias en que mutuamente se hayan expuesto y debatido los criterios, deduciéndose de esas entrevistas una determinada resultancia. Como de haberse hecho así la cosa ha pasado lejos de la mirada pública, los ciudadanos esperamos con ansiedad el conocimiento del anunciado acuerdo, de sus términos, de sus fórmulas, de sus definitivas conclusiones. Ocasión importante era, en verdad, para satisfacer este justo anhelo de la opinión, el discurso que ayer tarde pronunció el Sr. Montero Ríos ante sus incondicionales defensores. Allí y entonces pudo decir lo que importa, para desvanecer dudas. Pero en ese discurso no se salió de la ambigüedad: fué el paseo de un filósofo gallego por un paisaje nebuloso de las rías bajas. Ello dirá y saldremos del caos. En cuanto a la intervención del señor general López Domínguez en esta concordia de elementos tan antitéticos, no hay que aguardar ninguna especie de aclaraciones. El ilustre capitán general es un noble espíritu ansioso toda su vida de prestar a su patria servicios importantes. La adusta suerte le ha negado hasta ahora la ocasión: él la busca con generoso empeño. Por eso es el primer inscrito en toda nueva empresa salvadora de la nación desventurada. No quiere, sin duda, como el soldado del poeta latino, gastar los días de su existencia en el plano de la victoria, y apenas se escucha el rumor bélico, acude con noble presteza. Hasta ahora, siempre ha llegado tarde.

RECUERDOS POLÍTICOS

Conocido ya, aunque todavía extraoficialmente, el acuerdo político entre los Sres. Montero Ríos y Canalejas, y sabida por todos la parte principal y activa que el Sr. Puigcerver ha tomado en la proclamación de la jefatura del primero, preguntábase hoy las gentes con curiosidad, cual habría sido la fórmula de conciliación que haría en el porvenir compatibles a los Sres. López Puigcerver y Canalejas. El interés sube de punto teniendo en cuenta que el ilustre orador democrata no ha luchado nunca ni ha sentido entusiasmos más que por las ideas. Véase cómo trataba el Sr. Puigcerver el jueves 1.º de Mayo los más caros ideales del entonces ministro de Agricultura. Copiamos del extracto de esta sesión, publicado en la prensa: «El Sr. López Puigcerver habla para alusiones. (En el banco azul hállase solamente el señor Moret.) Comienza declarando que no ha abandonado sus principios individualistas, a los que tampoco han renunciado otros elementos de la mayoría. «Hace pocos días me preguntó el Sr. Romero Robledo si yo, individualista de toda mi vida, me hallaba conforme con las doctrinas socialistas del señor ministro de Agricultura. Pues bien, contestaré terminantemente: no.» (Rumores.) En los párrafos siguientes de su discurso, el Sr. Puigcerver, protestando que le parece excelente idea la del Instituto del Trabajo, acaba por decir que el proyecto de su creación debe tan solo encaminarse a instaurar un centro de información y de estadística. (Grandes rumores.) «¿Por qué tales rumores? ¿por qué tanta extrañeza? Desde luego ese proyecto será objeto de discusión y no creo que por ello haya de molestarse el señor ministro de Agricultura.» «También preguntaba el Sr. Romero Robledo si yo y otros queridos compañeros de esta mayoría aceptábamos íntegramente el programa del gobierno. ¿Y por qué no? Hay en todos los programas cierta vaguedad, cierta elasticidad... (Grandes risas y rumores.) Ocupáse de la transformación del impuesto de consumos, otro de los ideales del Sr. Canalejas, y dice que debe aplazarse. Mantiene igual criterio que el Sr. Moret en lo concerniente a las órdenes religiosas y rechaza la intervención del Estado en las cuestiones entre el capital y el trabajo, comparándola a la caridad indiscreta que no alivia la miseria, sino que fomenta el vicio. Asentando nuevos golpes a todas las teorías del Sr. Canalejas, dice que, como consecuencia lógica de la libertad individual, es partidario de la propiedad individual, y como consecuencia de ésta, de la herencia, y que todo cuanto sea contrario a estos tres principios es para él «subversivo y antipático». La impresión producida en el Congreso por el discurso del Sr. Puigcerver fué enorme. Habíase anunciado que se proponía hablar para expresar su desacuerdo con el Sr. Canalejas, pero nadie suponía que éste fuera tan absoluto y tan agresivo. Al día siguiente pronunció un elocuentísimo discurso el Sr. Canalejas. «El Sr. Puigcerver—dijo—se ha olvidado en la sesión anterior de sus deberes de partido y de otras muchas cosas. Atribuyó el orador a odios y malquerencias la iniciativa del Sr. Puigcerver, y terminó su grandilocuente discurso declarando que si se le hostigaba abandonaría el partido liberal.

GENERALES ARRESTADOS

A propósito del indulto con que ha sido favorecido el general Borbón, y de que dimos cuenta ayer, leemos en *La Correspondencia*: «Acabada de cubrir la vacante de teniente general y de dársele el mando de la división también vacante en Madrid, se ha levantado el arresto, después de cuarenta y seis días, al general Borbón, que, como saben nuestros lectores, hizo una respetuosa solicitud a su majestad al verse postergado sin motivo justificado para ello. Otros, quizás mejor enterados, creen que el haberse levantado ya tan tarde el arresto al referido general, ha sido para que dejara el pabellón que ocupaba al teniente general Borbón.» *La Epoca* dice a propósito del mismo asunto: «El pabellón de las Prisiones Militares de esta corte en que ha sufrido su arresto el general Borbón, parece ser que en breve se verá ocupado por otro general de mayor categoría, a quien ha impuesto igual correctivo el Consejo Supremo de la Guerra.» Y añade el estimado colega:

«El incidente que ha motivado la resolución del Supremo se relaciona con el intento de formar tribunal de honor algunos oficiales a un compañero suyo, lo que dió lugar a que el general de que se trata arrestase a dos de ellos en un castillo. Se asegura que el Consejo ha declarado que dicho asunto no produzca perjuicio en la carrera a ambos oficiales.»

LOS CENTAUROS DE AHORA

Tranquilizense los *sportsmen* de aupa. Nada va con ellos. Esa denominación, entendida y aplicada a la moderna, correspondería mejor al ciclista y al automovilista, verdaderos centauros del siglo XX: mitad hombres, mitad máquinas. Trátase de los que todavía en nuestro tiempo, como en la edad de la fábula, se nos aparecen mitad hombres, mitad bestias. Victor Jugo dijo que Falstaff era el centauro del cerdo.—Sin echar mano del consabido *si licet parva de Virgilio*, se puede dar a Ramón Martín de Castejón, triste cuanto grotesco héroe de la actualidad criminal, aquella gloriosa denominación, en que el poeta de las antítesis engrandece la pocilga humana con evocaciones del mito. El tal Ramón Martín de Castejón, gordiflón, bufón, gorrón, trágico, odre semoviente, costal andante de vicios y dolencias, ¿qué es sino el Falstaff de Don Benito? Ciertamente que el escenario se haría más rico, más aquel en donde Shakespeare dió vida inmortal al gargantuesco sir John; pero el Falstaff dormitador se encarga de ensanchar la tela y agrandar el marco, amasando con un raudal de sangre inocente el fango horrible donde puede volcararse a sus anchas el centauro del cerdo. «Digno escudero del caballero a quien sirvió en la criminal empresa; digno Leporello, digno Ciutti del Don Juan que pretendía ser en la mala vida de aquellas poblaciones extremas Don Carlos García de Paredes y Campanazo, apellidos altos, sonoros y significativos, si los hay, celeberrimos en la historia, en la leyenda y en la novela española... De igual amoralidad, de iguales apetitos, de iguales impulsos que su voraz parásito, el tal Don Carlos es en la fauna social y en la tragicomedia indígena un congénere centauresco de su bufón y ruflán. Pero como también entre las reses de cerda hay clases, la principal que en el instinto fiero, en la externa condición y en la menor cantidad de carniceras, distingue al Don Juan montañés del Falstaff doméstico, nos obliga a considerarle muy consideradamente como un centauro del jabalí. Y perdónen los jabalíes; porque éstos, al fin y al cabo, para llevar al anhelado remate sus empresas amorosas en la época del celo, no han menester alcoholizarse previamente ni disfrazarse con pieles de zorra, ni hacer que un sereno falón les abra las puertas de la Felicidad. Hé aquí que entre los dos centauros de ahora surge la figura del sereno, y aun serenisimo Cidoncha. Mitad hombre y mitad chiste ¿cómo clasificáramos centaurescamente a este ser híbrido? Lo de hebreo habrá que dejarlo aparte; porque en la terrible noche de autos—y sin que la pálida Luna tuviese la dignidad de soltarle un penascoso—el tal Cidoncha vino a ser el goyoso complemento de los monstruosos centauros de la vista baja: un avechuchu, mitad lechuga, mitad comadreja. Con temor lo dejo escrito. ¡Ah, señores! Me da el corazón—esa viscera que así nos amarga como nos endulza la existencia, según el profesor Humbugman—que no ha de fallar algún criminólogo decentemente amueblado, con vistas a la zoología sentimental, demostrándonos perentoriamente que el sereno Cidoncha es un colmo, todo lo monstruoso que quieren el tribunal de hecho y el tribunal de derecho, pero ¡ah, señores! un colmo de candor nativo, de candidez innata: mitad tortola, mitad cordero.

La verosimilitud de la anterior declaración vienen a acreditarla los antropólogos de capote, que ya empiezan a sacar la cabeza de Don Hermógenes para demostrar la irresponsabilidad de los centauros, de ahora a expensas de Lombroso, Garófalo, Ferri, y hasta de Ferri y Bussato, como dijo Eboada; y gracias—por no ser moda—que dejan en paz la autoridad de Diógenes Laercio y Dionisio de Licarnaso, amigos particulares del aplaudido antropólogo de *El café*. Esperemos por esta vez—nunca se pierde la esperanza—que para favorecer en lo posible a los criminales de Don Benito, no se presente a la infelicísima Inés Calderón y a su madre infelicísima como dos hembras comprometedoras, capaces de llevar a hacer una atrocidad al impulsivo Don Cecilio Aznar de Paredes y Martín de Castejón... Sospecho que acabo de escribir un disparate. Cargúese éste en cuenta a los criminales y a los criminólogos; porque no le dejan a uno cabeza ni pluma para nada sano. Pero es el caso—me argüirá alguno de los que conservan sano el cerebro a través de tanta insanía y tanta insanidad—es el caso que usted, *centaurizando* al delincuente, es el primero en reconocer que en él revive «la imagen espantosa de la semihumanidad de las selvas y de las cavernas» y que el criminal, en resolución, es el ser atávico que ya es hombre, no habiéndolo dejado todavía de ser bestia. ¿Qué hace usted con él? Admirarlo con indignación, como diría el profesor Humbugman, si no le hubiera anticipado el admirable profesor Bergaert en su *Jardín de Epicuro*. Y esa indignación como esa admiración solamente se comparten, reparten y manifiestan de una manera tan sencilla como doble: partiendo por en medio a los que en el siglo XX se nos aparecen, mitad hombres, mitad bestias, como los monstruos de la antigua fábula, madre en eso, y en muchas cosas niñas, de la ciencia vigente. La mitad bestial, al Museo de Historia Natural, a hacer allí compañía a nuestro estimado antecesor el megaterio. La mitad humana, al gabinete del antropólogo, para que descubra el medio de completar al hombre; ó al laboratorio del «suerólogo», a ver si encuentra el *serum* que nos inmunice contra el impulso criminal, ó siquiera nos diga ejemplarmente a los incautos:

«Mirad lo que viene a ser hoy en la realidad misérrima el Don Juan y el Falstaff que tanto admiráis en el Arte. «¿Lo hay en Madrid que llevan frac... «¿Lo hay en Madrid, como los centauros de Don Benito, el bestial valor de su medio cuerpo, ni un Cidoncha que les abra la puerta, deje hacer, y luego, aun viendo preso al inocente, se echanten por la buena: mitad comadreja, mitad lechuga. «O como dirá su defensor probablemente: mitad tortola, mitad cordero. «De todas suertes, ejemplar interesantísimo. ¿Que no lo partan por enmedio, y que me lo envíen completo a mi laboratorio! «¿Para qué? «Para obtener de él el suero que asegure a los partidos políticos la inmunidad contra el virus de la indisciplina y la desobediencia. Mariano de Cavia.

Rasgos parlamentarios

Las sesiones de las Cámaras. En el Congreso no hubo ayer gran interés. Continuó la discusión del presupuesto de Guerra, llegando a terminar la totalidad del capítulo 5.º.

El mayor interés estuvo en el Senado y lo más importante de la sesión fué el anuncio que hizo el Sr. Gullón, de que muy pronto se hará ante la Cámara la declaración de haberse agrupado los elementos democratas. Hoy se discutirá en la alta Cámara el proyecto que presentó el general Linareo organizando los servicios de intendencia é intervención de la administración militar.

La discusión política. Parece que se reanudarán dentro de dos ó tres días.

El Sr. Villaverde se halla mejorado de su indisposición y tiene el propósito de ir hoy a Palacio y luego a las Cámaras.

El Sr. Salmerón está también mejor, pero no es seguro que pueda ir esta tarde al Congreso.

Y el Sr. Alvarez ha experimentado algún alivio y desea ir muy pronto al Congreso. La discusión política, después de lo que acontece en el campo liberal, tomará seguramente otros rumbos no menos interesantes que los anteriores.

Para cuando se reanude el debate, habrá regresado a Madrid el conde de Romanones, que se halla cazando en los Santos de la Humosa.

Los presupuestos. La comisión de presupuestos del Congreso ultimará en esta semana los dictámenes referentes a los parciales de Instrucción pública y de Agricultura y en la semana próxima dará dictamen del presupuesto de ingresos y del articulado de la ley.

Mientras estos dictámenes no estén presentados, no podrá el gobierno pedir la sesión permanente.

Reunión de jefes. El presidente del Congreso reunió ayer en su despacho a los jefes de los grupos de aquella Cámara, a quienes expuso la necesidad de resolver de alguna manera la actual situación parlamentaria.

Dijo que a diario está recibiendo comisiones de obreros, de la Liga marítima, de entidades mercantiles, etc., pidiendo que ponga a discusión los proyectos que a ellos interesan y que no puede efectuarlo, porque siendo preferente el presupuesto, por su carácter constitucional y haciendo obstrucción los republicanos, se encuentra en una situación difícil y desea que los jefes de los grupos de la Cámara, especialmente los de las minorías, le den una solución. Añadió que no quería indicar ninguna, para darles mayor libertad y que aceptará gustoso cuanto contribuya a resolver el caso.

El Sr. Muro, a nombre de la minoría republicana, dijo que no podía ceder en lo de la obstrucción al presupuesto, pero que en lo referente a los demás proyectos, prometía una discusión brevísima, pues acaso bastara para ellos con un par de sesiones, y añadió que esto no es mucho, porque faltan muchos días hasta el 31 de Diciembre.

Insistió el Sr. Romero Robledo, concretando su deseo a que desapareciera la obstrucción, y contestó el Sr. Muro negándose a ello.

Los demás jefes de minoría comprendieron que no debían dejar de prestar algún apoyo a los republicanos, pero entendiendo al mismo tiempo que la obstrucción mata las iniciativas y tiene como suspensa la función parlamentaria.

El Sr. Canalejas propuso y así se acordó que esta tarde, a las cinco, se reúnan los jefes de las minorías y resuelvan la contestación que haya de darse al presidente de la Cámara.

El número de EL IMPARCIAL de hoy consta de SEIS PÁGINAS.

MAS ALLA DE LAS FRONTERAS

NORTE CONTRA SUR.—Mucho esperaba Italia de Giolitti como jefe del gobierno. Cuando el rey le encargó de formar gabinete llovieron sobre él alabanzas, y quién loaba su entereza, quién su avanzada política. Pero las esperanzas humanas son como flor de heno, se ha dicho, y pronto se secan. Pretendió Giolitti tener por compañeros a los socialistas, y éstos se negaron. Tres de sus más firmes amigos que llamó a su lado fueron acribillados de invectivas desde el primer momento. Paterno abandona su cartera. Rozano, acusado de «irregularidades» económicas, se rinde y se suicida. Un viento de angustia pasa sobre el ánimo fuerte de Giolitti. La prensa socialista sacude sobre el ministro sus párrafos llenos de odio.

«Parece que las cosas debían terminar ahí; parece que un gobierno no puede, aunque se empeñara en ello, hacer tantas cosas malas en quince días que merezca más sinsabores. El cúmulo de dificultades para el gobierno Giolitti no ha acabado, sin embargo. Un antiguo litigio nacional se resucita. Los periódicos de Nápoles, que es donde Rozano vivía y donde acabó con su vida, toman la defensa de éste, y acusan a la prensa y a los hombres políticos del Norte de Italia de haber realizado una inicua campaña calumniosa. Decláranse responsables de la inferioridad económica y moral en que se ha dejado el Mediodía con el fin de explotarlo y dominarlo. Los periódicos del Norte contestan en artículos llenos de crudeza y enemistad. Los vetustos odios resacenan despertados por el revólver del desdichado Rozano. Y Giolitti, aun no llegado a afirmarse en su alto puesto, atormentado por el recuerdo del tal amigo suicida, oprimido por los socialistas, se encuentra frente a frente con ese problema, siempre peligroso, de Norte contra Sur.

Si el actual jefe del gobierno italiano saliera airoso de todos esos acontecimientos mal afortunados, bien podría envanecerse de su arte político, que pocos gobiernos se habrán visto desde hace mucho tiempo más acometidos y más cercados de cuestiones inminentes en los primeros momentos de su exaltación. Hay quien cree que Giolitti dejará el poder; pero la fama de enérgico y persistente que le precede inclina más bien a creer que contendrá las demasías de la prensa socialista, que reivindicará a sus amigos acusados y que cortará esa discordia entre los hombres del Norte y los napolitanos.

LA HUELGA DE RIOTINTO

FOR TELEGRAMA (DE NUESTRO CORRESPONSAL) Huelva 17 (1,30 tarde) Con el mayor orden acude al trabajo en Riotinto y Peña de Hierro casi la totalidad de los obreros, sin ser molestados por el núcleo de huelguistas. En toda la zona minera reina el orden, circulando los trenes en la multitud de vías que

la cruzan y haciéndose los servicios con regularidad. De continuar el actual estado de cosas mañana podrá considerarse solucionada la huelga, debiéndose tan satisfactorio resultado a los grandes trabajos del general Castro, jefes del ejército, de la Guardia civil y de orden público de la provincia, y muy particularmente al gobernador civil D. Alejandro Cadarso, que con celo y actividad incansables ha recorrido y exportado durante los pasados días a los huelguistas de todos los departamentos de las minas. Como muchos de ellos son gallegos y portugueses, los ha en su dialecto, causando en los obreros un efecto indescribible. Justo es también consignar que éstos no han realizado ningún acto de violencia, y que la huelga se ha solucionado sin emplear la fuerza pública. El gobierno debe preocuparse de mantener la necesaria guarnición en Huelva, teniendo en cuenta que en su provincia existen más de 30.000 obreros que trabajan en las minas.—Corresponsal.

EL SUERO TUBERCULOSO

FOR TELEGRAMA (DE NUESTRO CORRESPONSAL) Paris 17 (8 noche) El doctor Marmorek ha leído hoy en la Academia de Medicina una Memoria acerca del suero tuberculoso que ha inventado, y cuyo principio es el siguiente: Prepara un cultivo especial de bacilos tuberculosos, que inyecta a caballos, y cuando éstos son ya inmunes contra la tuberculosis, obtiene de ellos un suero, con el cual hace experimentos en animales y en hombres. La Memoria del doctor Marmorek termina declarando que el valor del suero antituberculoso será determinado únicamente cuando sea experimentado en muchos casos.—Mar.

LOS TEATROS

NOVEDADES. Con éxito excelente se estrenó anoche el melodrama en cinco actos y un prólogo *Las dos noblezas*, traducido del francés por D. Gabriel Merino. Las señoritas Santoncha y Martín Gómez, la niña Povedano y los Sres. Hompanera y Robles tuvieron a su cargo los principales papeles. La obra es muy a propósito para aquel teatro popular y tiene situaciones interesantes y de mucho efecto. El traductor y los intérpretes obtuvieron frecuentes aplausos y llamadas a escena. La lucha de las dos noblezas, la del blason y la del alma, es fuente perenne de emoción y entusiasmo para el buen público de sentimiento y corazón. El filón no se ha agotado aún, como se probó anoche en el espacioso teatro de la Plaza de la Cebada. La una y media de la madrugada nos dio en aquellas latitudes cuando terminaba el espectáculo, y poco faltaba para las dos cuando aún no habíamos terminado de llegar a la redacción, por haber venido en coche de punto, que es el único medio seguro de llegar más tarde. No hay, pues, tiempo para meterse en más filosofías, como dijo el otro. *Las dos noblezas* asegurará de fijo el cartel de Novedades durante muchas noches... que es lo que principalmente se trataba de demostrar.—L.

ESTATUAS

Era el anochecer del domingo. En la acera y en la plazuela del Senado pululaba esa muchedumbre parduzca de los días de crisis: ojos ávidos, faces arrugadas por la espera, trajes ajados del roce con divanes y paredes del Congreso ó de los ministerios, gentes en cuyas retinas no se conservan rastros de haber visto campos ni ríos, mares ni montañas, ni nada que no sea los vulgares objetos y los mezquinos horizontes de la vida burocrática y política madrileña. Muy por cima de la pecuaria turba, alzabase en el pedestal de mármol, duro y liso como sus propias convicciones, Cánovas, el Cánovas rígido, tieso é irreductible que el escultor quiso representar, el Cánovas de los últimos tiempos, un hombre de bronce, sin coqueaduras físicas ni morales, sin pliegues en la ropa ni en la conducta. Por bajo del blanco plinto, la Historia oficial, encarnada en bronce también, escribía párrafos académicos. En torno a la estatua, la luz roja del resplandor oficial se detenía en las doradas hojas de los plátanos. Los coches particulares se alineaban cual si esperasen la salida de un entierro. Como si la verja de la plazoleta fuese una línea moral que separara mundos absolutamente distintos, al otro lado de ella, contrastando con la muchedumbre silenciosa y expectante de los políticos callejeros, en omnibus, tranvías, jardinerías y coches abiertos, otra muchedumbre vocinglera, vestida de colorines y engalanada de alegrías, regresaba del Pardo, de la Moncloa y de los Viveros, de correr y solazarse al sol, canturreando su indiferencia, agena a cuanto estaba ocurriendo en el interior del palacio senatorial, como una tumba blanca. También allí dentro se trataba de alzar una estatua en vida, sobre un pedestal de papeles apilados: se intentaba aguijar el paso de la historia, forzarla a que escribiese un nombre u otro. Se olvidaba que no se levantan estatuas sobre fustes de papel, sino sobre el mármol apretado de las ideas y de los intereses y que pocos hombres han podido ufamarse de haber sacado a Clio de su grave paso de andadura. El hombre que llevó en su favor una exigua y casi inaceptable mayoría de votos era y es también una figura inflexible, tiesa, altanera, bronceada. Nadie le vío doblar el espinazo ante la majestad y el prestigio de las ideas ó de los hechos ajenos: nadie oyó sonarle las choques zuelas ante una convicción de esas que lentamente van moldeando los espíritus de los hombres, haciéndoles ceder al peso de la atmósfera ya cargada, ya enrarecida; nadie le sintió abandonar a un arranque de pasión humana. Por delante de sus ojos fríos pasó la mayor desdicha de España en estos últimos tiempos, sin que la sangre acudiera a enrojecer su pálido rostro. Es un varón fuerte, inerte, parado, una estatua viva. Y así como los gritos y bullicio de la muchedumbre no llegaban a penetrar en el palacio de la Cámara alta, así tampoco traspusieron nunca las paredes del bufete del juriscónsulto que, firme en su postura estatuaria, aun dentro de la esfera movetiza y viva del Derecho, donde se refleja la cambiante vida moderna, escogió para sus amores y preferencias lo menos movetizo, lo